

BAZAR

Harper's

EN ESPAÑOL

ART

\$129.00



SÉPTIMA EDICIÓN

CARLOS AMORALES
"EL NO ME MIRE" (DETALLE), 2015.



ANA SEGOVIA

(CIUDAD DE MÉXICO, 1991)

COMENZÓ PINTANDO en blanco y negro, lo que me provocó sorpresa. “Sí, pintaba expresionismo abstracto”. Con seguridad hice una mueca de “¿qué está pasando?”. No conozco piezas de su etapa expresionista —quizá nunca lo haga—, pero no es necesario verla notar que su obra actual está muy alejada de la abstracción y la supremacía del “brochazo”. Aunque se debe reconocer que tiene algunos guiños, como los rostros velados de sus personajes y el uso de una paleta que quizá se pueda asociar más al arte pop pero que guarda ciertas resonancias con los colores expresivos de aquel movimiento de principios del siglo xx.

No la conocía en persona hasta ese momento; supuse que eso podría ser un inconveniente para platicar de forma casual, sin perder de vista que la idea era centrarnos en su obra. Me equivoqué. La conversación fluyó de manera abierta. Así es ella. Y así también es su estudio que no está en su casa sino en Lagos, espacio de exposiciones, estudios y residencias artísticas en la colonia Anáhuac de la Ciudad de México. Si bien el lugar no guarda la intimidad propia del hogar, mucho hace pensar que hay conexiones entre su hacer como artista.

Lagos parece una fábrica enorme cuya fachada no hace justicia a lo que hay dentro. Su exterior contrasta con la sala de exposiciones y los estudios que habitan los artistas para trabajar en su obra: pasillos largos, altos, pintados de blanco y llenos de luz. Mucho se habló acerca de ocupar espacios y se dice que uno hace el propio. Así hace Ana. Su estudio dentro de esa gran estructura ajena se ha convertido en suyo. Al entrar, resalta una serie de pinturas en pequeño, mediano y gran formato, cuyos colores contrastan con las paredes blancas.

Mientras recorremos el espacio nos acercamos y alejamos de sus piezas y hablamos de cosas que, en apariencia, no tienen relación con su trabajo pero que tienen todo que ver: La Faena, un “museo” o cantina taurina; la Cañita, una marisquería en la colonia Doctores; el cine, las fiestas, las ferias de arte, las galerías, el trabajo en solitario o en compañía. El avance de la plática parece ser un recorrido a través de lo que ha definido su forma de acercarse al arte. Y sigo pensando en lo que dijo Mónica Mayer: “lo personal es político”.

Antes de estudiar pintura, intentó con el cine, en parte por influencia de su abuela, quien fue actriz durante la época de oro del cine mexicano. Comenzó haciendo guiones gráficos, pero el consejo de un maestro la llevó a las artes visuales. Aquella relación en blanco y negro viene de organizar el archivo filmico de su abuela, con fotogramas de películas con Pedro Infante u otros actores de la época. La mayoría de su trabajo aborda los estereotipos del género, la figura del macho mexicano y la representación de la masculinidad en los medios de comunicación masivos. Pero su transición del blanco y negro al color también tuvo que ver con descubrir su propia identidad: “Me corté le pelo y en esa época, cuando empecé a aceptar que soy más ‘vatito’ que ‘vatita’ fue que empecé a entrar en contacto con la teoría *queer*. Miles de cosas se alinearon y salió mi paleta”.

La serie que trabaja ahora se centra en los toreros, muy al estilo de La Faena: hombres hipermasculinizados por su labor que; sin embargo, son figuras muy *queer*: “Son hipermasculinos de una forma súper femenina. Son *vogue*, son *drag*. Es como si dijeran: ‘vean mi traje de luces, mientras me pasan los toros por acá’”. Y, al igual que en todas sus obras, la imprecisión en los rostros de los personajes es un gesto estético que aleja de las convenciones visuales y simbólicas: “Me gustan los rostros como un vehículo para que el espectador se meta en el cuadro. Tú le das el rostro. Por eso, gran parte de mi obra trata de poner a alguien en los zapatos del otro”. Quizás velar el rostro sea una forma más de cuestionar las identidades.